

Patricio Moreno F.
Universidad de Concepción, Chile



Résumé: *L'auteur de ce témoignage a vécu in situ le grand séisme qui a frappé les régions du centre et du sud du Chili le 27 février 2010. La catastrophe et ses séquelles sur le plan social a éveillé des approches de la culture de l'individu confrontée à celle de la société organisée. Un parallèle est souligné entre le fonctionnement de la culture et celui de la langue de communication.*

Abstract: *This testimony has raised from the fact that having experienced the Chilean earthquake of February 27, 2010, and the social consequences that affected the city of Concepción. It is about approaches to the culture of individual immersed in an organized social culture, in a parallel with the functioning of the linguistic communication.*

Resumen: *Este testimonio ha surgido del hecho de haber vivido el terremoto en Chile del 27 de febrero de 2010 y las secuelas sociales que afectaron a la ciudad de Concepción. Se trata de aproximaciones a la cultura del individuo inmerso en una cultura social organizada, en un paralelismo con el funcionamiento de la comunicación lingüística.*

La zona centro sur de Chile se ha visto afectada por un megasismo, el 27 de febrero de 2010. Las localidades más tocadas por el fenómeno han sido las adyacentes a las ciudades de Talca y de Concepción, especialmente el puerto de Talcahuano, algunos balnearios costeros y algunas caletas pesqueras. Al trauma personal, familiar y social de una duración de más de tres minutos, se ha agregado la pérdida de vidas, las destrucciones materiales y las respuestas de comunidades y grupos a la situación de caos que se generó en esas circunstancias. La distancia temporal y mental permite ahora aproximaciones a esa experiencia vivida, tanto en lo personal como en lo social, con sus consecuencias en lo ético. Dado que, en la realidad geográfica de Chile, un sismo en gran escala es un hecho previsto - y no tan solo previsible - es dable visualizar algunos "rasgos culturales" que se han manifestado en los hechos.

Lo que más ha sorprendido no ha sido tanto la ocurrencia sino la elevada intensidad de la sacudida telúrica, la amplia extensión geográfica que se vio afectada y la larga duración del sismo, a la hora 03:30, en pleno descanso y sueño de la población. Colapsaron casi en ese mismo instante los servicios de energía, agua y comunicación, no así las redes viales locales; pero la ciudad de Concepción, que había sido remozada y modernizada en un esfuerzo prolongado de mejoramiento de la calidad de vida, envejeció y se cubrió de arrugas que le quitaron sus apariencias de beldad. En un lapso de tres minutos, la sede y el decorado de la cultura de los habitantes de la ciudad estaban roídos, ajados y dolidos.

La esencia de mi cultura, sin embargo, no había sido tocada, aunque los lazos de orgullo de mi pertenencia a esa ciudad se impregnaban de miedo, lástima, desconsuelo y tristeza. Mis rasgos de pertenencia al decorado y a la entidad de vida comunitaria que es la ciudad de Concepción se acentuaron fuertemente y me sentí inmerso en la tristeza, el miedo, el desconsuelo y el desconcierto de mis vecinos, al mismo tiempo me sentí parte de esa gente que buscaba qué y cómo hacer, decir, esperar, intentar e idear. Vale decir que, si consideramos la cultura como el modo de “vivir en sociedades organizadas que controlan las conductas de sus miembros”¹, el sismo había venido a socavar mi cultura, a poner a prueba su cohesión y a romper los ligamentos que sostienen las diferencias individuales y grupales dentro de la supra cultura de la gran ciudad.

Toda ciudad - y quizás principalmente las de tamaño mediano y de desarrollo más bien lento, como es el caso de Concepción - constituye una mega cultura en cuyo interior actúan fuerzas de diferenciación en torno a iglesias, actividades deportivas, instituciones académicas, orígenes étnicos, sectores habitacionales, oficios, profesiones, etc. La supra cultura resulta allí de una referencia muy lata en primer lugar al espacio, luego a los esfuerzos de generaciones de hombres que han modificado ese espacio para la vida humana, y especialmente al patrimonio allí creado y moldeado en forma de vías, edificios, áreas de agrado y obras para obtener mayor calidad de vida.

Esta supra cultura, considerada desde fuera de ella misma, es la que me otorga mi identidad de “penquista” (“pertenencia a la ciudad de Concepción”) y, así como soy chileno, soy más específicamente penquista. Esta es mi cultura que se vio sacudida por el gran sismo, porque arruinó mi espacio, desacomodó mi ecosistema y atentó contra mi patrimonio cultural más próximo y también contra la vida de mis congéneres con quienes comparto mi identidad ciudadana. Mi supra cultura me llevó a sentir la más larga de las tristezas, pero a la vez el más ancho optimismo frente al futuro que se avecindaba, dominado por los rasgos de unicidad que se precisan para enfrentar la necesaria recomposición de los componentes de una cultura ciudadana dañada.

La supremacía de mi supra cultura se vio violentada a partir del día siguiente, cuando las pobladas empezaron a saquear locales de comercio, especialmente de empresas cuyos dueños no tienen rostro, sino logotipos, íconos y combinaciones de letras y colores. Se vieron afectadas, en un primer momento, las cadenas de farmacias y supermercados, lo que se interpretó como la respuesta de la población a los escándalos de colusión de grandes empresas para subir los

precios de los productos, en un régimen de libre competencia. Sin embargo, los saqueos se desbocaron rápidamente y ya no se trataba de actos de prevención de una carencia en el corto plazo, sino de robos *per se* y de robos “lujosos”, en los cuales participaban personas de diversas edades, de diversos estratos sociales y de niveles educativos diversos, utilizando sus vehículos particulares, desde carretas tiradas por caballo hasta camiones y autos lujosos.

Me di cuenta en esas circunstancias que las pautas culturales que me constriñen desde el entorno me impedían aprobar o justificar las conductas de mis conciudadanos, aun cuando acudían en su favor muchos argumentos e hipótesis acerca del futuro cercano; pero, las pautas culturales que me constriñen desde dentro de mí no me permitían en ningún caso avalar esas conductas. Vale decir que, en una primera aproximación, mi cultura se constituye con los lineamientos de conducta que me impone la sociedad que me alberga y con la conformación que ha recibido mi mente para reaccionar tanto a los datos como a los procesos que suceden en el seno de mi sociedad. Es, en rigor, la resultante individual en términos de propensión hacia el respeto de los cánones colectivos.

No se puede evitar la comparación de la cultura con la lengua natural en su uso social, donde una forma estándar funciona como referencia ideal, a la que cada individuo debe llegar por medios y procesos educativos, pero a la que, algunos o muchos, tanto individuos como estratos sociales, no logran llegar. Mi lenguaje se activa la mayor parte de las veces en su forma estándar, algunas veces en su forma estándar educada y otras, en la popular y hasta soez. Mi cultura y mi lenguaje son idealmente los mismos de quienes cohabitan conmigo el mismo espacio cultural, marcando así rasgos de pertenencia e identidad unitarias; pero, a la vez, cuando se manifiestan en la práctica, tratan de marcar diferencias para proteger mi identidad individual, consiguiendo que yo sea un “yo” y no solamente un “otro” o solamente “uno más”. Por otra parte, la cultura como norma de conducta está internalizada en las mentes individuales y en la mente colectiva, pudiendo expresarse mediante diversos lenguajes para aceptarla, rechazarla, modificarla, ensalzarla o denostarla, por lo que los diversos registros de uso del idioma sirven como vectores de unificación y de diversificación: el uso de tal o cual registro marca la pertenencia a tal o cual grupo y advierte las diferencias respecto de otro o de otros.

Mi sismo mostró que, debajo de la supra-cultura impuesta, bullen muchas intra-culturas en las cuales se sumergen los individuos, formando colectivos inesperados frente a situaciones inesperadas y con lazos de identidad y pertenencia inesperados. Mostró que gente de estatus social educado, y de estatus económico medianamente alto, forma cuerpo con pobladores de escasos niveles educativos y adquisitivos. Frente a la catástrofe, y a la incertidumbre múltiple que se creó por la inexplicable ausencia de las policías que hacen cumplir las normas que impone la supra cultura, se activó un molde cultural al que adhirieron personas venidas desde una amplia diversidad de orígenes. El molde de la expropiación lisa y llana está al parecer siempre latente para una eventualidad como la que se vivió, pero en este caso se llevó a cabo en beneficio particular de cada uno de quienes lo activaron, por lo que el acto de expropiación se tiñó con el componente semántico “de dolo” y se convirtió en robo.

Se puede aventurar un modelo práctico explicativo, haciendo una analogía entre la cultura de cada individuo y una gran mota de gel que tiene la capacidad de acomodarse en las pautas que le ofrece la supra cultura impuesta, desde las pautas de prohibición absoluta hasta la permisibilidad más abierta, pasando por las preceptivas, las obligatorias, las recomendables y las soportables. El individuo, frente a cada estímulo, activa y combina diversamente las pautas que le ofrece la supra cultura, formando redes de moldes que le dan su identidad y su diferenciación respecto de los otros. Mi mota de gel se negó a ingresar total o parcialmente en el molde de la expropiación, al que ya habían entrado otras personas con las que me reconozco formando una misma cultura.

Después de esta experiencia de vida tan extrema, ha quedado claro en mi mente que mi cultura no son ni mi comportamiento ni mi ética; en ella están mis conocimientos, mis valores, mis proyectos y mis sentidos, pero ella no es otra cosa que mis respuestas factuales dentro del entorno en el que sucede mi actuar. Mi cultura no es lo que pienso o lo que siento, sino lo que se manifiesta como actos sometidos a aprobación o rechazo, como actos que afectan a otros para bien o para mal, como actos que destruyen, deterioran, modifican, mejoran o magnifican formas o procesos del sistema de vida de una comunidad. Mi cultura soy yo mismo, pero “en acto” en mi interacción con el entorno, en los procesos en los que participo, en los objetos de mi creación y en los legados que pudiera dejar para los que están y los que estarán.

Mi sismo del 27 de febrero de 2010 es mío porque llegó sin avisar, provocó y activó mis actos conductuales frente al entorno, frente a los otros y, especialmente, frente a la emergencia, al futuro y a la incertidumbre. Me ancló aún más en mi identidad cultural, me informó acerca de las facetas de mi pertenencia a mi supra cultura y me dibujó las diferencias que hacen de mí uno solo, dentro de un conglomerado de muchos que son muy similares.

Bibliografía

J. Demorgon, “De cómo vivir y pensar las relaciones culturales” en *Synergies Chili N° 5*, revue Gerflint, Santiago du Chili, 2009.